

LA ISLA.

REVISTA ILUSTRADA INDEPENDIENTE
— DIRECTOR. —
D. GASPAR RUIZ HERNANDEZ

23
—
ABRIL
1916



Miguel de Cervantes
Saavedra



D. Luis Caramé

CENTRO HABILITACIÓN
DE CLASES PASIVAS

Constitución, 99. - Teléfono 535
SAN FERNANDO

BAZAR INGLÉS

SOBRINOS DE
Fernando de Labra y C.^a

Calle Ramón Auñón
esquina á Rodolfo del Castillo
SAN FERNANDO

José María González Arjona

LABRADOR

Cosechero de Vinos

ROTA

Concierto Salinero

DOMICILIO SOCIAL:

Constitución, núm. 191

SAN FERNANDO (CÁDIZ)

TELÉFONO NÚM. 547



Iglesia Mayor Parroquial de San Fernando

24 DE SEPTIEMBRE DE 1810

A las nueve de la mañana de este día, la Regencia del Reino y los Diputados de las primeras Cortes de la Nación, asistieron al Santo Sacrificio de la Misa en este templo, implorando de la Divina Gracia iluminara sus inteligencias en sus deliberaciones y acuerdos.

El Ayuntamiento de 1892.

COLEGIO DE LA MARINA

REAL, 232

San Fernando (Cádiz)

PREPARACIÓN
para la Escuela Naval, Militar
y Carreras del Ejército

FÁBRICA DE GASEOSAS

Y AGUA DE SELTZ

DE

Fernando Buada y Villanueva

Veracruz, 4 y 6
ROTA

H. ANTIGUO

NARCISA

Rosario, 12. — ROTA

Hospedaje módico: Servicio esmerado

Gran Despacho de Carnes

DE VACA Y DE CERDO

CHACINAS Y EMBUTIDOS

Antonio Pizones Féniz

Rosario, 1. — ROTA

D. Felipe Sánchez García
COSECHERO Y EXPORTADOR DE SALES

Teléfono 516. — SAN FERNANDO



El Ayuntamiento de San Fernando

24 DE SEPTIEMBRE DE 1810

A las Cortes generales extraordinarias, que reunidas por primera vez en estas Casas Consistoriales aprobaron la fórmula del juramento prestado el mismo día, en la Iglesia Parroquial.

El Ayuntamiento de 1892.

D. Salvador García Suffo
PROPIETARIO DE SALINA Y COSECHERO DE SAL MARINA
Teléfono 534. — SAN FERNANDO

La Isla á Cervantes

EN EL TERCER CENTENARIO DE SU MUERTE

Año II



San Fernando 23 de Abril de 1916



Núm. 25



Su Majestad el Rey

El primer español y el más entusiasta de las glorias de nuestra querida Patria.



¡Gloria a Cervantes!

No, no era posible para nosotros, que nos encontráramos fuertemente impresionados y llenos de esperanzas para homenajar al Rey de los Genios, Miguel de Cervantes, que cedieran, que se suspendieran nuestros sentimientos, al mismo tiempo que lo hiciera la *Gaceta*, justificándolo sinceramente.

Débil es nuestro canto para glorificarlo cual se merece, porque no basta la intensidad de la voluntad y del amor; en este caso, hace falta rodearlo de los resplandores de la grandeza y de la magnitud con que se presentan nuestras más notables publicaciones españolas.

Grande es nuestro atrevimiento, y mayor aún, cuando conocemos nuestra insignificancia: por eso calla nuestra torpe pluma, que no es digna de intervenir, hablando del hombre intelectual, más grande de la Humanidad.

LA ISLA, desde este rincón histórico, desde este pedazo de tierra, santa, donde el heroísmo de sus ciudadanos salvó nuestra independencia, donde se creó el Código de nuestras libertades patrias y de nuestro gobierno, eleva sus corazones, llenos de admiración y de gratitud, al insigne Cervantes, cuya fama portentosa se sostiene incólume al cumplirse los trescientos años de su muerte, y cuyo glorioso nombre, elevando y engrandeciendo a España, se sostendrá en la sucesión de todos los siglos.

¡Gloria a Cervantes!

Gaspar Ruiz.

CERVANTES

No hay ningún nombre más alto en la espiritualidad de la raza española, pobladora de tantas zonas, creadora de tantas maravillas: ingenio que parece superior a lo humano, precisamente por ser profundamente humano.

Por eso hace tiempo que la nación española tenía el anhelo vivísimo de mostrarse digna de la gran herencia que Cervantes le dejara, festejando su nombre en este tercer centenario de su muerte. Ha querido el destino que no pueda ser, porque ¿cuál pueblo sería capaz de entregarse a fiestas y regocijos, por muy justificados que estuviesen, cuando la guerra asuela y devasta la gran civilización que desde el continente europeo ha irradiado sobre el resto del planeta.

La conmemoración del centenario de Cervantes había de ser fiesta universal, a fin de que el homenaje rendido a la más alta de las tres cumbres que en la Era moderna se alzan en Europa—Cervantes, Shakespeare y Goethe—, fuera digno de su grandeza espiritual, del fulgor de su nombre y de su significado y relieve entre las generaciones próceres de los escogidos de la Humanidad.

¡Una fiesta universal! Pero entre el propósito y el momento actual ha surgido la guerra europea, tragedia sin par en los fastos de la Historia. Hace año y medio que un vaho de sangre enrojece todos los cielos y una inmensa riada de dolor y de muerte inunda los corazones y anega las almas. El espíritu europeo se ha entenebrecido entre el humo de la pólvora. ¿Es posible ya, entre la contienda en que los pueblos príncipes se destrozan, celebrar una fiesta humana? El solo intento sería un sarcasmo dolorosamente grotesco que suscitaría en los ánimos generosos el desdén, cuando no la repulsión.

La conmemoración a Cervantes ha de ser una comunión del espíritu español con los más altos ideales. Su día será el día en que luzca de nuevo sobre la Humanidad dolorida el sol de la paz.

Conde de Romanones,
Presidente del Consejo de Ministros.

AL DUQUE DE BÉJAR,

Marqués de Gibraleón, Conde de Benalcázar y Bañares, Vizconde de la Puebla de Alcocer, Señor de las Villas de Capilla, Curiel y Burguillos.

En fe del buen acogimiento y honra que hace Vuestra Excelencia a toda suerte de libros como Príncipe tan inclinado a favorecer las buenas artes, mayormente las que por su nobleza no se abaten al servicio y granjerías del vulgo, he determinado de sacar a luz al Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha al abrigo del clarísimo nombre de Vuestra Excelencia, a quien, con el acatamiento que debo a tanta grandeza, suplico le reciba agradablemente en su protección, para que a su sombra, aunque desnudo de aquel precioso ornamento de elegancia y erudición de que suelen andar vestidas las obras que se componen en las casas de los hombres que saben, ose parecer seguramente en el juicio de algunos, que no conteniéndose en los límites de su ignorancia, suelen condenar con más rigor y menos justicia los trabajos ajenos: que poniendo los ojos la prudencia de Vuestra Excelencia en mi buen deseo, fio que no desdenará la cortedad de tan humilde servicio.

Miguel de Cervantes Saavedra.



Don Quijote de la Mancha

..... En un lugar de la Mancha, de cuyo nombre no quiero acordarme, no ha mucho tiempo que vivía un hidalgo de los de lanza en astillero, adarga antigua, rocín flaco y galgo corredor. Una olla de algo más vaca que carnero, salpicón las más noches, duelos y quebrantos los sábados, lentejas los viernes, algún palomino de añadidura los domingos, consumieron los tres partes de su hacienda.....

MI TRIBUTO DE ADMIRACIÓN

LA potencia imaginativa del hombre, que forma parte integrante de su naturaleza, que está en el fondo de su ser, le hace salir de la órbita de la vida real, desbordándose por las regiones de lo ideal y fantástico, exaltando todas sus facultades, creando un mundo, de acciones románticas, de vago idealismo, de cosas quiméricas, que no tienen existencia en la prosa de la vida; en las realidades del egoísmo calculador y positivista.

Considerada la obra de Cervantes desde este punto de vista, asombra por lo genial de su concepción, por ningún escritor antiguo ni moderno superada; él y solamente él, personificó en el caballero y escudero de aquellos tiempos, la naturaleza humana, representando el uno, el más levantado espiritualismo, y el otro, el utilitarismo individual, egoísta y grosero.

Hay en la Historia del Héroe manchego, algo de mudable y accidental, pero mucho de esencial y permanente; algo de local e histórico, pero mucho de universal y cosmopolita.

En todas las aventuras que constituyen la maravillosa fábula, y en las cuales Cervantes hace gala de una dicción nítida, flexible y rica, contrastan los sentimientos, ideas y aspiraciones de Don Quijote, con la ética grosera y mezquinas aspiraciones de su leal escudero Sancho.

Lo ideal y lo real, las altas aspiraciones del alma, los heroísmos de la voluntad, todo lo que simboliza el Ingenioso Hidalgo, queda en la narración delineado con tanto relieve, con rasgos luminosos que dejan ver la antítesis entre el espíritu y la materia, entre el mundo fantástico de la imaginación y ese otro en el que se mueve nuestra limitación y pequeñez.

Las páginas del libro inmortal son una gallarda manifestación del talento de Cervantes; no quiso escribir un libro de filosofía y campean con valentía en todos los folios los juicios más acabados sobre todos los factores sociales que integran la Nación; la milicia, la legislación, las artes, las

causas, que justifican la declaración de guerra entre dos pueblos, las normas de un buen gobierno, todo lo define con exacta propiedad, ilustrando al lector con la moral más elevada, identificándose con él, hasta subyugarle, con aquellos modos de decir tan elegantes y variados, con la prosa vibrante y solemne de sus períodos, que por voto universal ha merecido la lengua castellana, llamarse la lengua de Cervantes.

El más excelso de los novelistas españoles y el primogénito de la raza, ha legado a la Humanidad, un monumento literario que vivirá mientras haya hombres apreciadores de la belleza y luzca—de

Almo ingenio, peregrina dote
Hollando cuanto el gusto vulgar crea.
Desdén del tiempo, vivirá el Quijote.

MANUEL GALLEGU CASAS.

das sus energías, a la prosecución de esa fecunda idea que brilló sugestivamente en el apóstol y maestro.

Y al terminar, repetiré lo que el espíritu decía a Fausto: «En el océano de la vida y en la tempestad de la acción, subo y bajo, voy y vengo. ¡Nacimiento y tumba! Mar eterno, trama movediza, vida enérgica que en el telar rumoroso del tiempo tejen la veste inconsútil y animada de Dios!»

Y, en medio del destello divino, levántase cada vez más el universal Maestro y Genio Cervantes.

DR. CIRIACO YRIGÓYEN.

CERVANTES, SOLDADO

EN vano pasan las edades sobre el nombre y la memoria del «Manco glorioso de Lepanto»; al través del transcurso en las centurias, cada día aparece su

LA REALIDAD DE LA VIDA

QUIERE mi buen e ilustre amigo, el Sr. Ruiz Hernández, unas breves líneas que hagan relación a la obra que es el compendio de la humanidad entera. Y ¿qué decir de las dos series dicotómicas de ésta a que por abstracción profunda llegó el inmortal Manco de Lepanto y que desde su enunciación da poco trabajo el reconocerlo?

Dice el insigne médico zaragozano Dr. Gota, que la figura de Don Quijote se presenta como la de un renovador, un alma ardiente del bien, un enamorado de la belleza, un decidido defensor de la justicia; y la del modesto Sancho, participando de las credulidades y prejuicios de su tiempo, habla, obra y piensa como todo el mundo. Pero en la obra del inmortal Cervantes se halla mucho más: se nos presenta como la expresión de la vida social, nos muestra el camino de la redención moral y hasta manifiesta la manera de conducirse al reposo eterno.

En los tiempos gloriosos de la Gran España, cuando en su poderío inmenso llena de fuerzas viriles no se pensaba en esta nuestra Patria que en enriquecerse de la descubierta América, nuestro nunca bastante homenajeado, cautivo y calumniado, dejó el mundo con la satisfacción plena de haber señalado, cual ninguno, los vicios y las enmiendas de la humanidad. Cual genio aún no superado se adelantó a su tiempo y el no ser comprendido fué razón de creérsele un loco.

La humanidad dividió en Quijotes y Panzas. Los primeros llevan por máxima aquellas memorables palabras que pronunciara Hostos en 1884 en la Escuela Normal de Santo Domingo: «Dadme la verdad, y os doy el mundo. Vosotros, sin la verdad, destrozaráis el mundo; y yo, con la verdad, con solo la verdad, tantas veces reconstruiré el mundo cuantas veces lo hayáis destrozado.» Y es que el Quijote, llevando por lema la armonía y el equilibrio universales, obra por cuenta propia, y en ello pone to-



La Señora Dulcinea del Toboso

..... Decíase él: si yo por males de mis pecados, o por mi buena suerte, me encuentro por ahí con algún gigante, como de ordinario le acontece a los caballeros andantes, y le derribo de un encuentro o le parto por mitad del cuerpo, o finalmente, le acoso y le rindo, ¿no será bien tener a quien enviarle presentado, y que entre y se hinque de rodillas ante mi dulce señora, y diga con voz humilde y rendida: yo soy el gigante Caraculiombro, señor de la insula Molindrania, a quien venció en singular batalla el jamás como se debe alabado caballero Don Quijote de la Mancha, el cual me mandó que me presentase ante la vuestra merced para que la vuestra grandeza disponga de mí a su talante?.....

figura más hidalga y más eximia, siendo orgullo de la Patria la alteza soberana que el Universo pregonaba en sonoros ecos de entusiasmo henchido a su cantor satírico de la España caballeresca.

Su espada de soldado, su plectro de poeta, legaron himnos de glorias, hechos heroicos para su patria amada, y santificando las páginas augustas de su triste vida, herido y prisionero, a la cima llega de excelsitud egregia

Con la adarga al brazo todo fantasía,
Con la lanza en ristre todo corazón.

Era en los tiempos de la España heroica, de las empresas magnánimas, de los tercios valientes; Cervantes en Italia, *después de haber servido al Rey más de diez años*, formó parte del valeroso tercio de don Miguel Moncada, y como camarada del alférez Mateo

bajo de las vencedoras banderas del hijo del rayo de la guerra, Carlos V, de feliz memoria, en la marcha triunfadora de la flota decidida, su virtud y su prudencia le señalan cual soldado de constancia y de saber; en su abnegación y bizarría, que une a sus marciales entusiasmos, se echa de ver un alma de soldado forjada en el yunque del patriotismo y del honor.

Aprestada a la lucha su galera con la escuadra turca en aguas de Lepanto, su jefe le aconseja se abstenga en la pelea, pues está enfermo y combatir no puede; mas lleno de estoicismo, de bravura, honra a la voz del deber y el pundonor, y rehusa bajar so la cubierta.

«*Más deseo morir por Dios y por mi Rey que mi salud y mi vida; denme el sitio de mayor peligro, y allí estaré y moriré peleando;*» esto expresó el valiente, y al mando de unos hombres, con gallarda altivez se bate en el esqui-fe, diciendo al verse herido, en bríos ardiendo: «*El soldado más bien parece muerto en la batalla que libre en la fuga.... Las heridas del rostro y de los pechos, estrellas son, que guían a los demás al cielo de la honra.*»

Acaso en este día, en aquella ocasión tan memorable, forjara en su imaginación lo que más tarde trazó su pluma con pulso firme y ánimo sereno: «*Bien hayan aquellos benditos siglos que carecieron de la espantable furia de aquellos endemoniados instrumentos de la artillería, la cual dió causa que un infame y cobarde brazo quite la vida a un valeroso caballero, y que sin saber cómo o por dónde, en la mitad del coraje y bríos que enciende y anima a los valientes pechos, llega una desmandada bala, disparada de quien quizás huyó y se espantó del resplandor que hizo el fuego al disparar de la maldita máquina, y corta y acaba en un instante los pensamientos y vida de quien la merecía gozar luengo siglo.*»

En medio de aquella atmósfera encendida, atronada por el eco letal de los cañones, un golpe recio y un intenso frío paralizó su mano izquierda; roja nube le cubrió la vista; mas su valor y orgullo le sostienen y le animan; ni esta herida, ni dos balas por sendos mosquetes disparadas, que alo-

jamiento buscaron en su pecho, pudieron con su vida en tan peligro hallada en la más alta ocasión que vieron los pasados siglos ni esperan ver los venideros.

No columbraba el preclaro ingenio del príncipe inmortal, en su delirio épico, la nube maldita de tragedia y horrores que en éste en que vivimos flagela con destrucciones y ruínas a los pueblos de Europa.

BENITO CELLIER.



..... En este tiempo solicitó Don Quijote a un labrador vecino suyo, hombre de bien (si es que este título se puede dar al que es pobre), pero de muy poca sal en la mollera

..... Con estas promesas, y otras tales, Sancho Panza, (que así se llamaba el labrador) dejó su mujer y hijos y asentó por escudero de su vecino

de Santisteban (que así lo afirma), mandado por don Diego de Urbina, recorre entusiasmado el corazón de Italia, desde Roma hasta Ancona, despertando su ingenio y exaltando su imaginación los triunfos y las glorias de tan generosa nación, cuya historia es un eterno holocausto de recuerdos para los hombres célebres, para sus ideas grandes.

Alistado en la escuadra de la Liga, «*Militando de-*

¿Profecías...?

«En esto estaban cuando sintieron un sordo estruendo y un áspero ruido que por todos aquellos valles se extendía, levantándose en pie D. Quijote y puso mano a la espada, y Sancho se agazapó debajo del rucio, poniéndose a los lados el lio de las armas y la albarda de su jumento, tan temblando de miedo como alborotado D. Quijote; de punto en punto iba creciendo el ruido, y llegándose cerca a los dos temerosos, (a lo menos al uno) que al otro ya se sabe de su valentía. Es, pues, el caso, que llevaban unos hombres a vender a una feria más de seiscientos puercos, con los cuales caminaban a aquellas horas, y era tanto el ruido que llevaban, y el gruñir, y el bufar, que ensordecieron los oídos de D. Quijote y de Sancho, que no advirtieron lo que ser podía, llegó de tropel la extendida y gruñidora piara y sin tener respeto a la autoridad de D. Quijote, ni a la de Sancho, pasaron por cima de los dos, deshaciendo las trincheras de Sancho, y derribando no solo a D. Quijote, sino llevando por añadidura a rocinante, el tropel, el gruñir, la presteza con que llegaron los animales inmundos, puso en confusión y por el suelo, a la albarda, a las armas, al rucio, a rocinante, a Sancho y a D. Quijote. Levantóse Sancho como mejor pudo y pidió a su amo la espada diciéndole que quería matar media docena de aquellos señores y descomedidos puercos que ya había conocido que lo eran. D. Quijote le dijo: déjales estar amigo que esta afrenta es pena de mi pecado, y justo castigo del cielo es que a un Caballero Andante vencido le coman áclivas y le piquen abispos y le hollen puercos.»

(Del Quijote, Cap. LXVIII, Tomo II)

Profetizó Cervantes en su hermoso libro, en sus castizos párrafos, lo que más tarde había de suceder al eterno Quijote español.

Illuminados con leyendas y aventuras; inculcado en el sentimiento nuestro valor legendario; imbuidos por viles embaucadores que nos hicieron creer en Dulcineas encantadas, en gloriosos triunfos, en fabulosos botines de guerra, fuimos arrastrados torpemente, nos llevaron de un modo indigno al sacrificio, y al consumarse la infamia, cayó de nuestros ojos la venda que los cubría y se llenó el corazón de tristeza y el cerebro de ne-
gruras.

Malo fué caminar por la senda de rosas; perjudicial



.... Todo lo cual hecho y cumplido, sin despedirse Panza de sus hijos y mujer, ni Don Quijote de su ama y sobrina, una noche se salieron del lugar sin que persona los viese

era ese optimismo eterno de la raza; censurable nuestro carácter vehemente, la fogosidad de nuestros pensamientos, el continuo soñar con gloriosos combates, con victorias inmensas, en pensar en conquistas de pueblos, en pretender ser grandes sin el valioso esfuerzo de una voluntad firme y de un brazo de acero.

Nos engañaban haciéndonos creer que unos buques de recreo, que barcos para la paz, podían alguna vez conducir a marinos heroicos, pero indefensos, a una feliz victoria.

Igual que D. Quijote, veíamos cañones en las proas de unas naves que no los conducían, y de modo grotesco, con frialdad que horroriza, hicimos que un puñado de españoles tripulasen esas naves y con ellas fuesen a la pelea frente a poderosas unidades de combate que la previsión, el cálculo y un premeditado ensañamiento había ido preparando en el tiempo que nuestros qui-jotes se dedicaban a luchar por su Dulcinea, gastando energías, sangrando a la Patria y confundiendo triste y lastimosamente la santa idea de libertad con el villano desenfreno y el indigno libertinaje.

Confundíamos a la pura y sin par Dulcinea con la zafia y rufiana moza del Toboso.

Al despertar de nuestros sueños de grandezas; al contemplar el horrible desastre inesperado para nuestras ilusiones; al ver holladas y maltrechas por el suelo las armas, la albarda, al rucio, a rocinante, a Sancho y a D. Quijote, cayeron estrepitosamente a tierra todas nuestras leyendas, y pasando bruscamente de la zona tórrida al polo Norte, nos acometió tal excepticismo, se apoderó de nuestros espíritus tal pesadumbre, nos envolvió tan inmensa nube de amargura, que creíamos ya en nuestra eterna desdicha y nos considerábamos perdidos para siempre. Es imprescindible deshacer tamaño error; hay que empezar de nuevo, y teniendo en cuenta los descabros y aventuras, proceder como cuerdos, para no volver a pasar como locos. Debemos armarnos caballeros, velar dignamente nuestras armas, hacer al campo una salida segura y victoriosa, y no volver a confundir lastimosamente los molinos de viento con gigantes, ni el yelmo de Mambrú con la bacía de barbero, ni a una piara de cerdos con ejército aguerrido y poderoso. Vivamos una vida de realidades, seamos fuertes, ya que siempre predominó el derecho de la fuerza, y levantemos nuestra bandera siempre victoriosa, con este lema: ¡Viva la España del inmortal Cervantes!

M. PECE CASAS.

LOS AMANE CERES DEL "QUIJOTE"

NO nos equivocaremos al afirmar que sobre el «Quijote», nuestro libro, fuente abundosa de nuestra lengua, se ha hablado más que de otro libro cualquiera. Todos también sabemos—y ahora lo repetimos no sin cierto orgullo—que fué vertido a casi todos los idiomas.

Solicitada nuestra pluma para emitir algo referente a nuestro libro bienamado, —nuestra pluma que

entre las más torpes ocupa un puesto de honor, dicho sea con toda sinceridad y convicción, que no trata de aparentar modestia vana—nuestra pluma, repetimos, se ha visto en un gran aprieto.

Hemos leído el *Quijote* muchas veces; desde que lo leímos por primera vez—prescindiendo de las lecturas mecánicas de las escuelas—aún en la infancia, todos los años repetimos la lectura. ¡Cuántas cosas que ayer, en nuestros años niños, nos producían francas carcajadas, hoy, en nuestros años mozos, nos hace pensar, nos entristece, nos pone algo inquietos! Aquel Sancho que nos hacía reír al golpearse las posaderas, para de sus cardenales sacar a su señora del encanto, nos pone ahora pesaroso cuando gobierna su insula.

¿Qué es lo que encierra nuestro libro que cada vez que lo leemos le hallamos algo nuevo, como si gustásemos un manjar desconocido?

¡Con qué videncia tan asombrosa dijo: «y a mí se me trasluce que no ha de haber nación ni lengua donde no se traduzca», convencido Cervantes del raro valer de su fruto intelectual!

Tanto se ha dicho de nuestro libro que, cuanto se intenta o será plagio vil o una futil nonada. Muy recientemente hemos leído un originalísimo artículo, "El Cristo a la ginebra", que un portentoso ingenio urugua-

Estos papelotes nos van a dar hecho el artículo. Las primeras páginas—escritas en una letra española que sería muy del agrado de Juan de Iciar—estaban rotas; pero la esencia de aquellos renglones inéditos llegó a nuestro poder.

El autor—que debió ser un señor muy curioso—tuvo la paciencia de tomar a la letra los amaneceres que, con diferentes aspectos, en el libro manchego leyó.

El primer amanecer que nos describe, cuando casi no conocemos nada del libro, es aquel tan conocido:

«Apenas el rubicundo Apolo tendido por la faz de la »ancha y espaciosa tierra las doradas hebras de sus do- »rados cabellos...» (CAPÍTULO II. PARTE 1.^a).

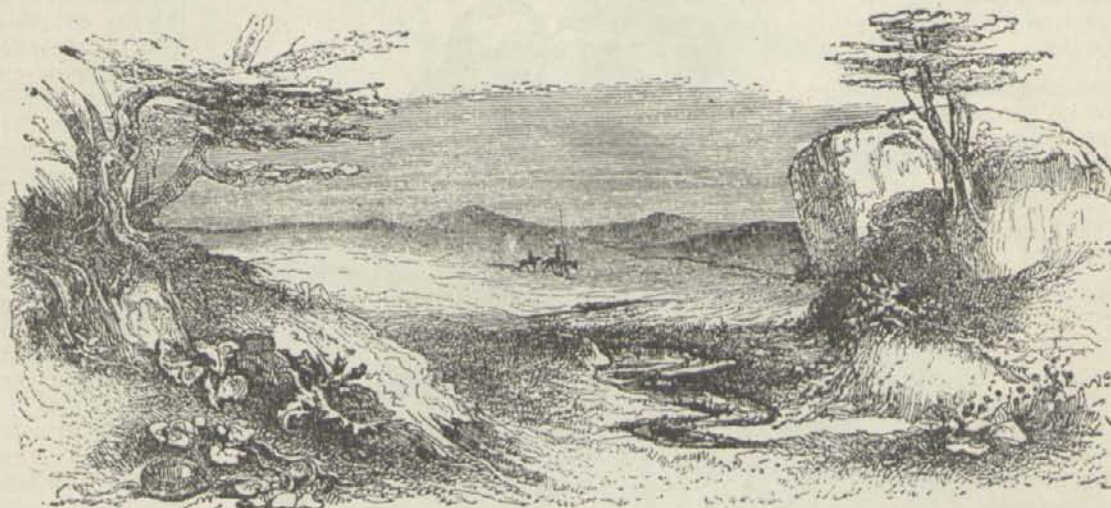
Don Quijote ha ido ya a la venta y en ella ha comenzado la famosa serie de sus desventuradas aventuras.

«La del alba sería...» (CAP. IV. PART. 1.^a).

El ingenioso manchego ha oído, con gran contentamiento, la romántica historia del pastor enamorado. Ha pasado la noche en una choza humilde con el alma en su Dulcinea...

«Mas apenas comenzó a descubrirse el día por los »balcones del oriente...» (CAP. XIII. PART. 1.^a).

Ha pasado la noche horrible que tantos sustos les causó con unos mazos de batán...



.....Él y su escudero se entraron por el mismo bosque donde vieron que se había entrado la pastora Marcela, y habiendo andado más de dos horas por él, buscándola por todas partes sin poder hallarla, vinieron a parar a un prado lleno de fresca yerba, junto del cual corría un arroyo apacible y fresco.....

yo, José Enrique Rodó, ha escrito a este tenor. En él parangona a Cristo con Don Quijote, buscando a todos los hechos de ambos ática analogía: ello está guardado para las privilegiadas plumas.

Decía nuestro Cervantes que él era aficionado a leer «aunque sean los papeles rotos de la calle»; pue- bien, parodiemos su frase y confesemos, con toda ingenuidad, que padecemos una parecida enfermedad.

Es rara la mañana que no damos nuestra paseata por los puestos de libros viejos. Aunque naturalmente nos placen más nuevos,—cuando tomamos un libro nuevo lo mimamos como si fuera a ser nuestra esposa; lo dejamos sobre la mesa, lo miramos, lo remiramos, y por último, con lentitud deleitosa, vamos hoja a hoja rasgando los pliegos; luego nos enfrascamos en su lectura —los libros viejos, tan manoseados, tan leídos, tan venerables, nos agradan.

Una mañana hallamos unos papelotes amarillentos, casi borrados por la pátina del tiempo. Dimos unas monedas y quedamos dueños de ellos.

«Acabó en esto de descubrirse el alba, de parecer »distintamente las cosas...» (CAP. XX. PART. 1.^a).

«Salió el aurora alegrando a la tierra y entristecien- »do a Sancho Panza, porque halló menos su rucio...» (CAP. XXIII. PART. 1.^a).

Todos oyen la historia del *Curioso Impertinente*, pero al curioso que tomó estos apuntes, le dió pábulos para continuar su estadística un soneto pastoril:

«... Y al tiempo cuando el sol se va mostrando »Por las rosadas puertas orientales...»

(CAP. XXXIV. PART. 1.^a).

¡Brava pendencia ocurrió en la venta aquella noche! Todos golpean a todos; al terminar el marasmo...

«Y a esta sazón aclaraba el día...» (CAPÍTULO XLIV. PART. 1.^a).

Termina la primera parte de nuestro libro. Todos esperamos con ansiedad que vuelva nuestro hidalgo a cruzar las castellanas tierras.

Nuevamente intenta el Bachiller Sansón Carrasco volver a su paisano a la tranquila senda...

«Mas apenas dió lugar la claridad del día para ver y diferenciar las cosas...» (CAP. XIV. PART. 2.^a).

¡Oh bodas de Camacho el rico, y cuán poéticamente amanecía el día en que el Himeneo a celebrarse iba!

«Apenas la blanca aurora había dado lugar a que el luciente Febo, con el ardor de sus calientes rayos, las líquidas perlas de sus cabellos de oro enjugase...» (CAP. XX. PART. 2.^a).

El retablillo de Maese Pedro ha quedado deshecho...

«...Al salir del alba...» (CAP. XXVIII. PART. 2.^a).

Ya tenemos a nuestro Sancho gobernando su insula...

«Amaneció el día que se siguió a la ronda del gobernador...» (CAPÍTULO LI. PART. 2.^a).

En casa de los Duques —esos grandes señores de ingenioso buen humor— muestran amo y criado cuanto valen...

«... Comenzó a descubrirse por los balcones del Oriente la faz de la blanca aurora...» (CAPÍTULO LXI. PART. 2.^a).

Por último, luego de la cerdosa aventura...

«Llegóse en esto el día...» (CAP. LXVIII. PART. 2.^a).

Después los papelotes no dicen más a este respecto; contienen otras notas sin substancia alguna.

¿Qué se propuso el curioso recolector de estas notas? No lo explica. Nosotros no queremos hacerlo por él.

Sólo estas cuartillas podemos dar; ¿sirve ese granito de arena?

GABRIEL G. CAMOYANO.

Mi Homenaje á Cervantes

HACE ya unos cuantos años, quizás veinte, que yo conocí a Cervantes. No os asombre ni maraville esto. Contaba yo a la sazón diez años y mi afición a las letras ensanchábase a más y mejor, crecía, se aumentaba, posesionábase de todo mi espíritu, avasallaba mi voluntad, dominaba en mi vida. Un día, al salir de la escuela, no seguí el camino

diario para llegar a mi casa; dirigí mis pasos por otras calles y me hallé en el Mercado. El Mercado de mi pueblo, aún hoy, es una ancha plaza donde, por las mañanas muy temprano, al alba, emergen los hombres, caballeros en sus asnos y en sus mulas con toda clase de vituallas para el mercado público: allí no falta de nada en especies comestibles, desde lo más vulgar a lo más rico y selecto, también se venden libros, por aquello de que no tan solo de pan vive el cuerpo, el alma se alimenta de letras.

Y entendiéndolo así un buen viejo, algo tosco, sin la discreción de Maese Nicolás el Barbero, ni la erudita selección del Cura, ni la acritud hostil del Ama, ni la aversión instintiva de la Sobrina; con más idea en la ganancia del dinero que del cerebro, hacía algún tiempo que en un ángulo de la dicha plaza establecido había su vieja expendeduría de librerías, revistas y periódicos.

El día aquel que torcí mi camino y llegué a la plaza, lo primero fué llegar al puesto de libros, llamando mi atención un retrato en colores, de gran tamaño y debajo del unos cuantos cuadernos del mismo tamaño y medida; al pie del retrato se leía un nombre, impreso en letra gruesa y grande: *Cervantes*. No sé por qué, desde aquel momento quedé sugestionado ante aquel retrato y aquel nombre.

Pregunté al librero si aquello se vendía; contestóme que yo niño para que queríalos; yo contestéle que para leerlos; y por unas cuantas monedas que guardaba en mis bolsillos, producto del ahorro diario, debido a la generosidad de mis padres, compré el retrato y los cartapacios, que no estaban escritos en letra arábiga, sino en castellana y de la pura y clásica cepa.

Llegué a mi casa, mostré la compra, alabáronme por ella, y más contento que satisfecho procedí a recrear mis ojos en el cuadro y mi alma en las letras de los cuadernos. Estos correspon-

dían a la primera parte de la inmortal obra literario-española-castellana *Don Quijote de la Mancha*.

Ahí tienen cómo y por qué conocí a Cervantes.

Desde entonces ¡cuántas veces he contemplado la figura de su frente ancha y despejada, de su larga y curva nariz aguileña, de sus pómulos salientes, de su cara angulosa, de sus ojos grandes y de poderoso dominio al mirar! Muchas veces heme inspirado al verle, mi espíritu fortaleciéndose de emoción, mi imaginación alborozándose con plétora de ideales, mi memoria recreándose con el recuerdo de sus muchos pensamientos de sana y honda filosofía, de soberana justicia, de in-



..... Por el Omnipotente Dios juro, dijo a esta sazón Don Quijote, que la vuestra grandeza ha dado en el punto, y que alguna mala visión se le puso delante a este pecador de Sancho, que le hizo ver lo que fuera imposible de otro modo que por el de encantos no fuera, que sé yo bien de la bondad e inocencia deste desdichado, que no sabe levantar testimonios a nadie. Así es y así será, dijo Don Fernando, por lo cual debe vuestra merced, señor Don Quijote, perdonalle y reducirle al gremio de su gracia *sicut erat in principio* antes que las tales visiones le sacase de su juicio. Don Quijote respondió que él le perdonaba, y el cura fué por Sancho, el cual vino muy humilde; y hincándose pidió la mano a su amo, y él se la dió.

menos conocimientos de la vida toda; de sus costumbres, de sus hábitos, de sus miserias, de sus luchas, de sus necesidades, de sus odios, de sus artificios; de sus modos de ver y juzgar los hechos de la gente villana, pechera, hidalga y noble.

Estos ratos de regodeo intelectual hanme sugerido infinitas percepciones y heme entregado a hondas y profundas reflexiones; basadas en muchos y hermosos trozos de la incomparable novela. Sus muchos personajes de todas castas y linajes, desde el ventero ladino y socarrón, hasta el Duque humorista ¡cuántas veces han desfilado por mi memoria y por mi alma toda, esas grandes figuras creadas para la inmortalidad!

La pastora Marcela; el gran amador Crisóstomo; ¡qué de mieles poéticas estos dos personajes! El Vizcaino; el pequeño Andrés, por cuya defensa el hidalgo Caballero pronunció esta noble y hermosa frase: «Descortés caballero, mal parece tomaros con quien defender no se puede»; y aquella otra, en réplica sensata: «Haldudos puede haber caballeros: cuanto más que cada uno es hijo de sus obras». Dorotea, Cardenio, Sancho, el Cura, Maritornes, arrieros, pastores, zaga as, curiales, bachilleres, médicos, hidalgos, nobles, ¡cuánto habéis hecho pensar a los pocos Quijotes que de aquéllos a éstos han vivido en esta nuestra española tierra! ¡Y cuánto qué decir y hablar y crear y concebir a los buenos entendedores, a los pocos justicieros que por dicha no han entrado en el encaje de la injusticia! A los rehacios y egoístas; a los burlados y burlones; a los recios y a los parias y a los sin trabajo holgazanes; a todos, menos a los indiferentes. Estos indiferentes no han «fecho» nunca nada, ni bueno, ni malo; ni tuerto, ni derecho; estos indiferentes fueron, son y serán la roña social, lo que estorba, lo que daña, lo que hiere; estos indiferentes, sin conocer las cosas, sin tocarlas, ni gustarlas, las tocan, las ponzoñan, las corrompen, las destruyen, las hunden.

Hace tres siglos el preclaro ingenio de Cervantes, hubiera zaherido con donosura y arte y sabiduría la indiferencia, esa forma pasiva de matar al espíritu activo y patriótico. Lo mismo creó ese portentoso literario llamado Don Quijote, negación rotunda del indiferentismo, de esa negligente y cruel frase de «a mí qué» que mata en flor toda noble empresa, todo entusiasmo.

Cervantes acertó con una arte suprema, no igualada por nadie, a retratar el alma española de aquella época, que no era ciertamente aquella en que por ser tan dichosa llamáronle edad de oro «y que los antiguos pusieron nombre de dorados; y no porque en ellos el oro, que en esta nuestra edad de hierro tanto se estima, se

alcanzase en aquella venturosa sin fatiga alguna, sino porque entonces, los que en ella vivían, ignoraban estas dos palabras de «tuyo y mío»; ni las doncellas posaban sus lindos pies «de valle en valle y de otero en otero, en trenza y en cabello» seguras de no ver hollada su honestidad y recato; habiéndose mezclado «la fraude, el engaño y la malicia» con la verdad y llaneza, para suplantarla y vencerla.

Hace tres siglos el alma española era al igual que la nuestra de hoy; nada en costumbres ha cambiado, nada



..... Finalmente, Don Quijote se sosegó, y la comida se acabó, y en levantando los manteles, llegaron cuatro doncellas, la una con una fuente de plata, y la otra con un aguamanil asimismo de plata, y la otra con dos blanquísimas y riquísimas tohallas al hombro, y la cuarta descubiertos los brazos hasta la mitad, y en sus blancas manos (que sin duda eran blancas) una redonda pella de jabón napolitano. Llegó la de la fuente, y con gentil donaire y desenvoltura encajó la fuente debajo de la barba de Don Quijote

en sentimientos; si algo hase ganado, en favor del egoísmo y del interés y de la malicia ha sido. Otros hombres, otros días, otros usos; pero la misma alma, el mismo vicio, la misma injusticia.

Por eso se ama a Cervantes; por eso se le venera y no se le olvida, porque fué, quizás, el único español que conoció a su pueblo en su esencia, en su vieja raigambre, y así lo supo contar.

Por eso yo le admiro, le amo y le venero; y haré

como homenaje y a fuer de español y amante y enamorado de la literatura clásica y netamente española, que mi descendencia, bañen sus espíritus en su obra inmortal, en ese alarde portentoso de ingenio y de sabiduría; en ese momento pedagógico, tan hermosamente bello, tan admirablemente concebido y parido.

MIGUEL LUCENA.

Carta de Don Quijote de la Mancha a Sancho Panza,

Gobernador de la Ínsula Barataria

CUANDO esperaba oír nuevas de tus descuidos e imperitencias, Sancho amigo, las oí de tus discreciones, de que dí por ello gracias particulares al cielo, el cual del estiércol sabe levantar los pobres, y de los tontos hacer discretos. Dícenme que gobiernas como si fueses hombre, y que eres hombre como si fueses bestia,

según es la humildad con que te tratas: y quiero que adviertas, Sancho, que muchas veces conviene y es necesario por la autoridad del oficio ir contra la humildad del corazón; porque el buen adorno de la persona que está puesta en graves cargos ha de ser conforme a lo que ellos piden, y no a la medida de lo que su humilde condición le inclina. Vístete bien, que un palo compuesto no parece palo: no digo que traigas dijes ni galas, ni que siendo juez te vistas como soldado, sino que te adornes con el hábito que tu oficio requiere, con tal que sea limpio y bien compuesto. Para ganar la voluntad del pueblo que gobiernas, entre otras has de hacer dos cosas: la una ser bien criado con todos, aunque esto ya otra vez te lo he dicho; y la otra, procurar la abundancia de los mantenimientos, que no hay cosa que más fatigüe el corazón de los pobres que la hambre y la carestía.

No hagas muchas pragmáticas, y si las hicieres procura que sean buenas, y sobre todo que se guarden y cumplan; que las pragmáticas que no se guardan, lo mismo es que si no lo fuesen: antes dan a entender que el príncipe que tuvo discreción y autoridad para hacerlas, no tuvo valor para hacer que se guardasen: y las leyes que atemorizan, y no se ejecutan, vienen a ser como la viga, rey de las ranas, que al principio las espantó, y con el tiempo la menospreciaron y se subieron sobre ella. Sé padre de las virtudes, y padrastro de los vicios. No seas siempre riguroso, ni siempre blando, y escoge el medio entre estos dos

extremos, que en esto está el punto de la discreción. Visita las cárceles, las carnicerías y las plazas; que la presencia del gobernador en lugares tales es de mucha importancia, consuela á los presos que esperan la brevedad de su despacho, es coco á los carniceros, que por entonces igualan los pesos, y es espantajo a las plazeras por la misma razón. No te muestres (aunque por ventura lo seas, lo cual yo no creo) codicioso, mujeriego ni glotón, porque en sabiendo el pueblo y los que te tratan tu inclinación determinada, por allí te darán batería hasta derribarte en el profundo de la perdición. Mira y remira, pasa y repasa los consejos y documentos que te dí por escrito antes que de aquí partieses a tu gobierno, y verá cómo hallas en ellos, si los guardas, una ayuda de costa, que te sobrelleve los trabajos y dificultades que a cada paso a los gobernadores se les ofrecen. Escribe a tus señores, y muéstrateles agradecido, que la ingratitud es hija de la soberbia, y uno de los mayores pecados que se sabe; y la persona que es agradecida a los que bien le han hecho, da indicio que también lo será a Dios, que tantos bienes le hizo y de continuo le hace.

La señora Duquesa despachó un propio con tu vestido y otro presente a tu mujer Teresa Panza: por momentos esperamos repuesta. Yo he estado un poco mal dispuesto de un cierto gateamiento que me sucedió no muy a cuento de mis narices; pero no fué nada, que si hay encantadores que me maltraten, también los hay que me defiendan. Avisame si el mayordomo que está contigo tuvo que ver en las acciones de la Trifaldi, como tú sospechaste; y de todo lo que te sucediere me irás dando aviso, pues es tan corto el camino; cuanto más que yo pienso dejar presto esta vida ociosa en que estoy, pues no nací para ella. Un negocio se me ha ofrecido, que creo que me ha de poner en desgracia destos señores; pero aunque se me da mucho, no se me da nada, pues en fin tengo

de cumplir antes con mi profesión que con su gusto, conforme a lo que suele decirse: *amicus Plato, sed magis amica veritas*. Dígame este latín, porque me doy a entender que después que eres gobernador lo habrás aprendido. Y a Dios, el cual te guarde de que ninguno te tenga lástima.

Tu amigo

Don Quijote de la Mancha.



LA ÍNSULA BARATARIA

Llegada del gobernador Sancho Panza

..... O perpetuo descubridor de los antípodas, hacha del mundo, ojo del cielo, meneo dulce de las cantimploras! Timbrió aquí, Febo allí, tirador acá, médico acullá, padre de la poesía, inventor de la música, tú que siempre vales, y aunque lo parece, nunca te pones. A tí digo, o sol, con cuya ayuda el hombre engendra al hombre: a tí digo, que me favorezcas, y alumbres la oscuridad de mi ingenio (para que pueda discurrir por sus puntos en la narración del gobierno del gran Sancho Panza, que sin tí yo me siento tibio, desmazelado y confuso. Digo, pues, que con todo su acompañamiento llegó Sancho a un lugar de hasta mil vecinos, que era de los mejores que el Duque tenía. Dieronle a entender que se llamaba la ínsula Barataria, o ya porque el lugar se llamaba Baratario, o ya por el barato con que se le había dado el gobierno.

Oyó Sancho la carta con mucha atención, y fué celebrada y tenida por discreta de los que la oyeron, y luego Sancho se levantó de la mesa, y llamando al secretario se encerró con él en su estancia, y sin dilatarla más quiso responder luego a su señor Don Quijote; y dijo al secretario, que sin añadir ni quitar cosa alguna fuese escribiendo lo que él le dijese, y así lo hizo; y la carta de la respuesta fué del tenor siguiente:

Carta de Sancho Panza a Don Quijote de la Mancha

La ocupación de mis negocios es tan grande, que no tengo lugar para rascarme la cabeza, ni aun para cortarme las uñas, y así las traigo tan crecidas cual Dios lo remedie. Digo esto, señor mío de mi alma, porque vuesa merced no se espante si hasta agora no he dado aviso de mi bien ó mal estar en este gobierno, en el cual tengo más hambre que cuando andábamos los dos por las selvas y por los despoblados.

Escribióme el Duque mi señor el otro día dándome aviso que habían entrado en esta insula ciertas espías para matarme, y hasta agora yo no he descubierto otra que un cierto doctor, que está en este lugar asalariado para matar a cuantos gobernadores aquí vinieren: llámase el doctor Pedro Recio, y es natural de Tirteafuera, porque vea vuesa merced qué nombre para no temer que he de morir a sus manos. Este tal doctor dice él mismo de sí mismo, que él no cura las enfermedades cuando las hay, sino que las previene para que no vengan, y las medecinas que usa son dieta y más dieta, hasta poner la persona en los huesos mondos, como si no fuese mayor mal la flaqueza que la calentura. Finalmente él me va matando de hambre, y yo me voy muriendo de despecho, pues cuando pensé venir a este gobierno a comer caliente y a beber frío, y a recrear el cuerpo entre sábanas de Holanda sobre colchones de pluma, he venido a hacer penitencia como si fuera ermitaño, y como no la hago de mi voluntad, pienso que al cabo al cabo me ha de llevar el diablo.

Hasta agora no he tocado derecho ni llevado cohecho, y no puedo pensar en qué va esto, porque aquí me han dicho que los gobernadores que a esta insula suelen venir, antes de entrar en ella, o les han dado, o les han prestado los del pueblo muchos dineros, y que esta es ordinaria usanza en los demás que van a gobiernos, no solamente en éste.

Anoche andando de ronda topé una muy hermosa donce-

lla en traje de varón, y un hermano suyo en hábito de mujer: de la moza se enamoró mi maestresala, y la escogió en su imaginación para su mujer, según él ha dicho, y yo escogí al mozo para mi yerno: hoy los dos pondremos en plática nuestros pensamientos con el padre de entrambos, que es un tal Diego de la Llana, hidalgo y cristiano viejo cuanto se quiere.

Yo visito las plazas, como vuesa merced me lo aconseja, y ayer hallé una tendera que vendía avellanas nuevas, y averigüele que había mezclado con una hanega de avellanas nuevas otra de viejas, vanas y podridas: apliquélas todas para los niños de la doctrina, que las sabrían bien distinguir, y sentenciéla que por quince días no entrase en la plaza: hanme dicho que lo hice valerosamente: lo que sé decir a vuesa merced es, que es fama en este pueblo que



..... En fin, llegó el último de Don Quijote, después de recibidos todos los sacramentos, y después de haber abominado con muchas y eficaces razones de los libros de caballerías. Hallóse el escribano presente, y dijo que nunca había leído en ningún libro de caballerías que algún caballero andante hubiese muerto en su lecho tan sosegadamente y cristiano como Don Quijote, el cual entre compasiones y lágrimas de los que allí se hallaron dió su espíritu: quiero decir que se murió.....

no hay gente más mala que las plazeras, porque todas son desvergonzadas, desalmadas y atrevidas, y yo así lo creo por las que he visto en otros pueblos.

De que mi señora la Duquesa haya escrito a mi mujer Teresa Panza, y enviádole el presente que vuesa merced dice, estoy muy satisfecho, y procuraré de mostrarme agradecido a su tiempo: bésele vuesa merced las manos de

mi parte, diciendo que digo yo, que no lo ha echado en saco roto, como lo verá por la obra. No quería que vuesa merced tuviese trabacuentas de disgusto con esos mis señores; porque si vuesa merced se enoja con ellos, claro está que ha de redundar en mi daño, y no será bien que pues se me da a mí por consejo que sea agradecido, que vuesa merced no lo sea con quien tantas mercedes le tiene hechas, y con tanto regalo ha sido tratado en su castillo.

Aquello del gateado no entiendo; pero imagino que debe de ser alguna de las malas fechorías que con vuesa merced suelen usar los malos encantadores: yo lo sabré cuando nos veamos. Quisiera enviarle a vuesa merced alguna cosa: pero no sé qué envíe, sino es algunos cañutos de ge-

ringas, que para con vejigas los hacen en esta insula muy curiosos; aunque si me dura el oficio, yo buscaré que enviar de haldas ó de mangas. Si me escribiere mi mujer Teresa Panza, pague vuesa merced el porte, y envíeme la carta, que tengo grandísimo deseo de saber del estado de mi casa, de mi mujer y de mis hijos. Y con esto Dios libre a vuesa merced de mal intencionados encantadores, y a mí me saque con bien y en paz de este gobierno, que lo dudo, porque le pienso dejar con la vida, según me trata el doctor Pedro Recio.

Criado de vuesa merced,
Sancho Panza el Gobernador.

Dulcinea del Toboso a Cervantes

Yo soy tu hechura, Maestro. Nací de tu fantasía cuando la besó, sublime, el sol de tus ideales.

Fué noble la cuna mía,
mas tengo por más preciosos los heredados caudales.

Son, una cruz en que muere el Cristo por tí besado
y una espada que teñiste con sangre de cien traidores,
y una pluma que ha labrado
de la castellana lengua los eternos resplandores.

Por tu cruz, soy la sufrida mujer que reza y labora,
del hogar haciendo un templo en sacerdocio bendito.
Por tu espada, soy la fuerte mujer que al sonar la hora
sabe inmolar por la Patria su vida en sagrado rito.

Soy por tu pluma la egregia mujer que á las aulas pide
néctar que luego transforma en el panal de su muerte.
La miel de sus sentimientos al prodigarla no mide,
ni el genio-luz que reside
más en el fondo del alma que en el fanal de la frente.

Yo soy tu hechura, Maestro; soy como tú me has soñado;
Princesa de altivo porte para el audaz caballero,
dama que borda divisas para el valiente soldado,
facedora de mercedes para el vencido y forzado,
y villana sucia y tosca para el ruín escudero.

No me tachen los que acaso me ven ignorante y ruda.
La mujer es como el hombre la quiere; sierva o tirana.
Si por juguete la toman, su frivolidad la escuda;
pero llamad a su alma y veréis que amor la muda
en amante compañera de dulzura sobrehumana.

Soy tu concepción sublime, noble Manco de Lepanto,
Soy el brote de una raza que su mérito acrisola.

Reina-genio, musa-encanto,
ya vista tosca estameña o me cubra regio manto,
soy la ambición de cien pueblos, ¡soy la mujer española!

Emma Calderón y de Gálvez.



LA TUMBA DE CERVANTES

Hoy con voz apenadora
vibra mi ronco laud,
porque al pie de un ataúd
no se canta, que se llora.

Lloran con dolor profundo
y en admirable convenio,
España su mayor genio,
su gloria mayor el mundo;

Que en honor de tan gran hombre
la admiración general,
hoy alza un arco triunfal
para que pase su nombre.

Pero ¿dónde la nación
guarda y honra sus despojos?
Maravilla de los ojos
debe ser su panteón.

Si a Faraones oscuros
alzó la región del Nilo
último soberbio asilo
en piramidales muros,

Al verlos tan arrogantes,
¿quién tendrá por cosa extraña
que hasta el sol eleve España
el sepulcro de Cervantes?

Mas ¡ay! que ninguna losa
queda que a los vivos note,
dó el autor de *Don Quijote*
en paz eterna reposa.

El que en ruda lid naval
supo su sangre verter,
su cuerpo dejó perder
en la fosa general

Y, como aquel que en sus lizas
al grande Anibal venció,
¡ingrata patria!—exclamó—
¡no poseerás mis cenizas!

Por eso a gritos pregona
la moderna sociedad,
el crimen de aquella edad
que al genio dió tal corona;

Mientras gustoso consigno
que há poco una reina ufana,
ornó la sien de Quintana,
que hoy duerme en sepulcro digno;

Mas tú, monarca *Piadoso*,
que *El Quijote* nacer viste,
¿cómo a su autor no erigiste
sarcófago decoroso?

Un grito que ronco zumba
hoy a preguntarte va:
«rey Felipe, ¿dónde está
del gran Cervantes la tumba?»

Por tus olvidos funestos
su cuerpo tragó la tierra;
mas todo español encierra
de su espíritu los restos.

A Cervantes moribundo
hoy se recuerda a porfía;

pero ¿quién recuerda el día
en que tú dejaste el mundo?

¿Qué vale tu panteón,
—respóndeme con voz franca—
si jamás tu nombre arranca
un latido al corazón?

Y ante la imagen bendita
de aquel que ni aun tumba tiene,
el mundo, que a honrarla viene,
de santa emoción palpita.

Él obtuvo tal victoria
sin más armas que la pluma,
y al Universo hoy abrumba
con el peso de su gloria.

¡Guerrero, del mundo azote,
que el mandar tienes por lema!
brilla más que tu diadema
la del autor del *Quijote*;

Que es del genio monopolio,
contra el cual quejas no vibro,
con las páginas de un libro
erigirse un Capitolio.

¡De la fuerza admirador!
Medita breves instantes
en la tumba de Cervantes,
y conocerás tu error.

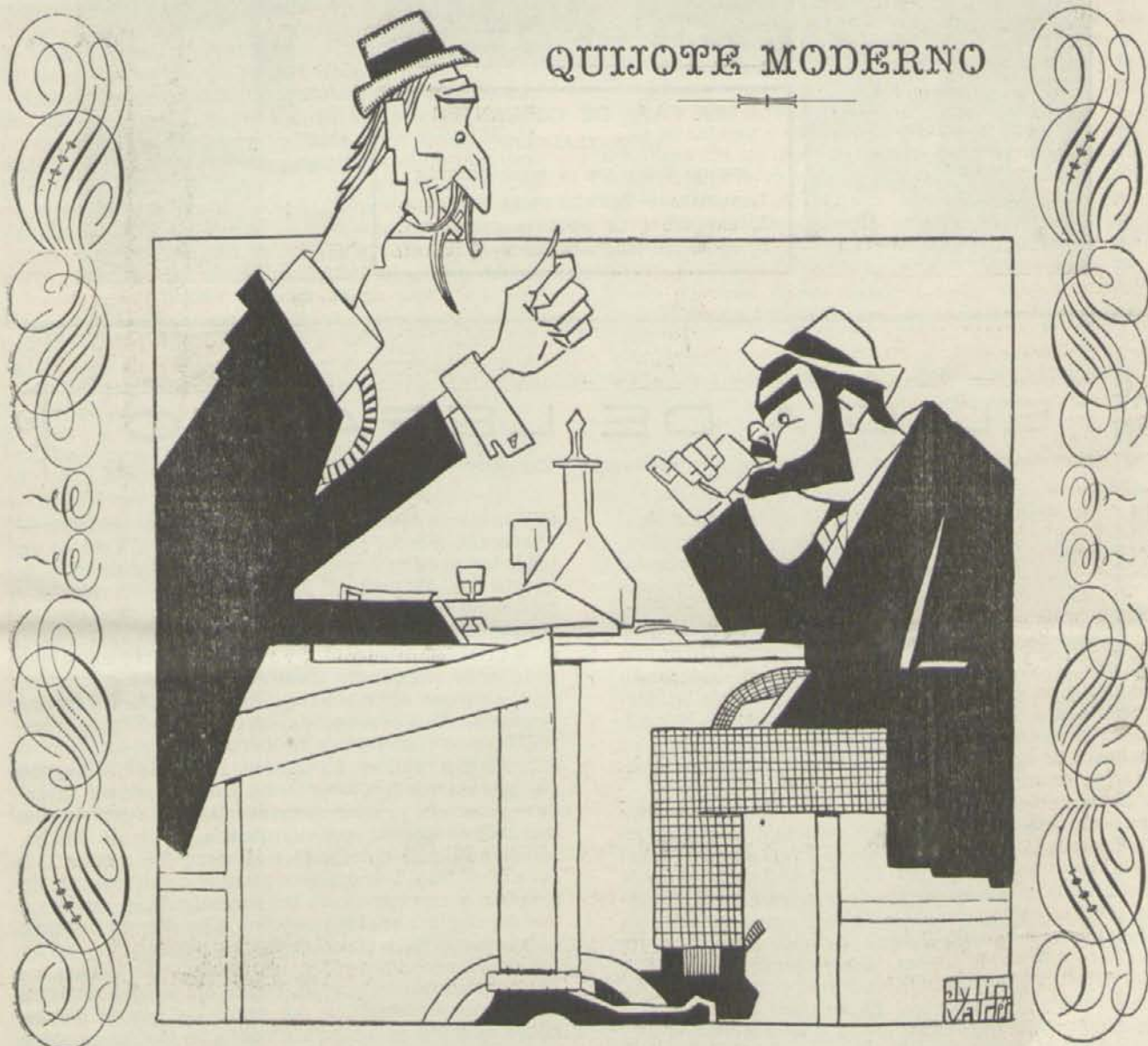
La espada brutal no crea
nada estable ni fecundo:
¡el solo poder del mundo,
es el poder de la idea!

Aunque su hazaña es notoria,
¿hubiera jamás legado
Cervantes, como soldado,
tan alto nombre a la Historia?

¡Humanidad! tu destino
no es destrozarte con guerra,
que es coadyuvar en la tierra
al pensamiento divino.

Deja la lid insensata
y ve de la ciencia en pos;
que está más cerca de Dios
el que ilustra que el que mata.

Alfonso Moreno y Espinosa.



DETECTIVISMO ANDANTE

RAFFLES...; FANTOMAS...; SHERLOCK HOLMES...; NICK CARTER...

«...y asentósele de tal modo en la imaginación que era verdad toda aquella máquina de aquellas soñadas invenciones que leía, que para él no había otra historia más cierta en el mundo.»



LA CASA DE CERVANTES
EN VALLADOLID

ESTADO ACTUAL DE LA RECONSTITUCIÓN

- 1, FACHADA. — 2, PATIO DE LA BIBLIOTECA.
3, ENTRADA A LA IMPRENTA CERVANTINA.
4, VESTÍBULO. — 5, APOSENTO. — 6, COCINA.

EL DIA DE LEPANTO

UNA mañana, la del 7 de Octubre, tremenda algarada se escucha a bordo. Como de costumbre, los soldados dejan solo a Miguel en su rincón, pero pronto los ve tornar apresurados, pálidos unos, rojos los otros, llameantes las pupilas, los pasos trémulos, las manos torpes. ¡Arma, arma!, son los gritos que suenan. El ataque ha llegado. De pronto las cuadernas del barco crujen, todo el maderamen tiembla y un rosario de estampidos anuncia que la *Marquesa* acaba de disparar su primera andanada. Miguel, suelta la manta, se encasqueta el acerado morrión, va en busca de su arcabuz. Las piernas le flaquean, la cara tiene amarilla como un desenterrado.

Sobre cubierta, tropieza con su capitán, con el alférez Santisteban, con otro alférez montañés que Gabriel de Castañeda se llama. Todos, al ver aquel soldado amarillento y ojoso, descajada la faz y turbia la vista, le dicen que se resguarde y ampare bajo cubierta, pues no está para pelear. Pero Miguel ha visto ya el fuego, ha respirado el humo, ha oído la pólvora. La ocasión es única, la muerte nada importa. Caen acá y allá muertos y heridos. Gritan a una *¡avante!* *¡boga!* los forzados en sus bancos. Estampidos que no se sabe de dónde salen aturden las orejas y enardecen los ánimos. Miguel no quiere volverse a su rincón. Miguel es un hidalgo, tiene vergüenza, osadía le sobra. *¡Qué dirían de él, que no hacía lo que debía!* Son sus mismas palabras. Miguel, excitado por la fiebre y por el peligro, endereza a sus amigos y jefes un pequeño discurso que nos ha transmitido el alférez Gabriel de Cas-

tañeda con la calmosa puntualidad de los montañeses:—

«Señores—dice el Ingenioso hidalgo de Alcalá—: en todas las ocasiones que hasta hoy se han ofrecido de guerra a S. M. y se me ha mandado, he servido muy bien como buen soldado, y así ahora no haré menos, aunque esté enfermo y con calentura; más vale pelear en servicio de Dios y de S. M., y morir por ellos, que no bajarme so cubierta. Póngame vmd., señor capitán, en el sitio que sea más peligroso, y allí estaré y moriré peleando.» Con estas generosas palabras, Miguel muestra el gesto y ademán de los héroes antiguos, que no deja lugar a réplicas. El capitán, Diego de Urbina, que ya iba aficionándose a su medio paisano, meneaba la cabeza pesaroso, y, como quien abandona a la destrucción una valiosa prenda que aún podría servir de mucho, manda a Miguel colocarse en el lugar del esquife con doce hombres. ¿Por qué se distingue a este soldado de los otros y en el momento del combate se le confía un mando, siquiera sea tan pequeño? ¿Qué hay en sus ojos, en sus palabras, o en su apostura y planta?

Cumpliendo sin vacilar las órdenes de Urbina, va Miguel a ocupar su puesto. Desde allí se ojea y divisa el lugar de la batalla, y por entre los jirones que en nubes de humo se abren a ranchos, se ven las tajantes proas, los amenazadores espalones, los ganchos y puntas de fierro con que unas galeras tratan de engarrar a otras para el abordaje. Miguel ve pasar, envuelto en un nimbo de fuego y de humo, volando en ligero esquife sobre las aguas, mensajero de la victoria, el colorado y rubio rostro surgiendo bajo el casco argen-

no, un hermoso mancebo semejante al arcángel San Miguel, que adorna como una llama de oro, de sangre y de plata los retablos góticos. Es el Sr. D. Juan, la espada desnuda cuyos gavilanes de oro relumbran al sol en la diestra, y en la siniestra el crucifijo de marfil y ébano. Va gritando oraciones o blasfemias, va incólume, impávido, sereno, presentando el pecho a las balas que cruzan el aire y centellean en las bandas o se hunden silbando en las aguas verdosas, pesadas del golfo. Todos los hombres de guerra le miran, todos tienen fe en él, y su arcangélica aparición les excita y les embriaga. —¡Vitor, vitor, el Sr. D. Juan!— gritan enronquecidos y fieros los españoles. Los aguerridos venecianos callan absortos. Nunca vieron tanta audacia en tan pocos años.

Pronto la visión desaparece y el mar pare nuevas y nuevas bandas de galeotas turcas que, en cerrado escuadrón, van acercándose. Ya se oyen distintos y claros en ellas los gritos de los cristianos que van al remo. Son griegos, italianos, españoles que reman con furia, sin que hayan menester en tal sazón los rebencazos crueles del cómitre. Más de lo que los turcos quisieran quizás, se acercan sus naves a las cristianas. De los bancos ocultos salen hacia la escuadra de la Liga voces angustiosas de ánimo y de súplica: —Aquí estamos, cristianos somos, sacadnos del cautiverio. ¡Por Cristo! ¡Por la Virgen María! *Por la Santa Madona*— y al compás de los gritos los pechos jadean, fatigosos.

Los ávidos ojos de Miguel ven entonces embestirse dos galeras por las proas en mitad del mar espacioso; las cuales, enclavijadas y trabadas, no le queda al soldado (y este soldado es él mismo, que treinta años después lo contaba) más espacio del que conceden dos pies de tabla del espolón, y con todo esto, viendo que tiene delante de sí tantos ministros de la muerte que le amenazan, cuantos cañones de artillería se asestan de la parte contraria, que no distan de su cuerpo una lanza, y viendo que al primer descuido de los pies iría a visitar los profundos senos de Neptuno, y, con todo esto, con intrépido corazón, llevado de la honra que le incita, se pone a ser blanco de tanta arcabucería y procura pasar por tan estrecho paso al bajel contrario. Y lo que más es de admirar, que, apenas uno ha caído donde no se podrá levantar hasta la fin del mundo, cuando otro ocupa su mismo lugar; y si éste también cae en el mar, que como a enemigo le aguarda, otro y otro le sucede, sin dar tiempo al tiempo de sus muertes: valentía y atrevimiento el mayor que se puede hallar en todos los trances de la guerra. «¡Bien hayan—segura pensando Miguel, al verse en este trance que, como quien por él ha pasado, contó—, bien hayan aquellos benditos siglos que carecieron de la espantable furia de aquestos endemoniados instrumentos de la artillería... la cual dió causa que un infame y cobarde brazo quite la vida a un valeroso caballero, y que sin saber cómo o por dónde, en la mitad del coraje y brío que enciende y anima a los valientes pechos, llega una desmandada bala, disparada de quien quizás huyó y se espantó del resplandor que hizo el fuego al disparar de la maldita máquina, y corta y acaba en un instante los pensamientos y vida de quien la merecía gozar luengos siglos!»

Y así, como él mismo lo contaba y nadie mejor que él, sucedió punto por punto. Con la extraña acuidad y lucidez que la fiebre alta y el peligro y cercanía de la muerte comunican a todos los espíritus, recorrió Cervantes en aquella alta y memorable ocasión, la mayor que han visto los siglos, todo cuanto había discurrido, proyectado y soñado en su corta vida; cruzaron por su mente las ilusiones de la gloria, los halagos de la fama poética, tal vez se acordó del estudio de Madrid, tal vez le aparecieron juntas a la fantasía la tierna imagen de la reina D.^a Isabel y el bonachón semblante del maestro López de Hoyos, la bella e incitante figura de su hermana Andrea y el monástico perfil de su hermana Luisa. En medio de estas imaginaciones, un golpe recio y un intensísimo frío le paralizaron la mano izquierda. Miró Miguel y vió que de ella le manaban chorros de

sangre; pero aquello era poco. Sin reforcer labio ni ceja, sufrió el dolor de la herida. La calentura y el orgullo le sostenían en su puesto, no menos que la curiosidad y el ansia de ver cómo terminaba, si terminaba el combate.

Sin duda no vió que frente a él, en la galera turca que a la *Marquesa* acometía, dos pares de ojos traidores acechaban a aquel soldado, a quien herido en la mano veían e impertérrito en su lugar. Dos balas al mismo tiempo disparadas de sendos mosquetes buscaron el pecho de Miguel, y casi le derribaron por tierra... Roja nube le cubrió la vista y un rato le privó del sentido.

Aunque muy engolfado en el combate, bien le vió en una de estas veces el capitán Diego de Urbina, y, sin acercársele, creyéndole muerto, movió triste la cabeza, y tal vez, entre orden y orden, musitó un *pater noster* por su pobre compatriota. La galera *Marquesa* había sufrido mucho en el combate. Su patrón, Francisco de Santo Pietro, cayó muerto, y con él muchos hombres de la tripulación y no pocos soldados de los viejos y de los bisoños. Miraba Cervantes, herido, caer aquellos hombres atezados que parecían fortalezas, y él mismo no se creía vivo. Quizás todo aquello era un sueño de la fiebre. Asordado por el tronar de la artillería, y medio cegado por el humo y el fuego, veía, insensible, pasar, como fantásticas sombras, las grandes masas de las galeras, y los contornos de los soldados peleantes le parecían empuñados, como figurillas de retablo. Todo debía de ser mentira, una bella y épica mentira como los combates de la Iliada.

De su estupor y eretismo nervioso le sacaron los ecos triunfales de los claros clarines que proclamaban por donde quiera la victoria; la gritería de los cinco o seis mil forzados que en las galeotas turcas remaban, y que al verlas invadidas y abordadas por cristianos prorrumpían en voces de júbilo y de alabanzas a santos y vírgenes. Por cima de todos los gritos sonaba, ronca ya, honda, vibrante, la voz española, proferida por españoles e italianos: —¡Vitor, el Sr. D. Juan! ¡El Sr. Don Juan, vitor!

La alegría pudo con Miguel más que el sufrimiento y le derribó en tierra, exhausto, aniquilado, medio muerto.

Dos frailes que iban a bordo repitieron, inspirados, las palabras santas, extrañamente proféticas, que después recordó la Europa entera, desde el Pontífice Pío V hasta el último sacerdote de aldea: *Fuit homo missus a Deo cui nomen erat Joannes*.... Hubo un hombre enviado por Dios y cuyo nombre eran Juan....

FRANCISCO NAVARRO Y LEDESMA

A CERVANTES

SONETO

Al escritor, de genio portentoso
Que trazó del Quijote la figura,
Al que rindiera culto á la hermosura
En homenaje grande y poderoso.

Hoy mi patria, en arranque generoso,
Enaltecerlo más así procura,
Y es justo que mi voz débil y obscura
Se junte en el aplauso clamoroso.

El genio sobrehumano de Cervantes
Sobre la hispana raza centellea,
Esparciendo destellos deslumbrantes:

En el mundo admirable de la Idea
Descuella cual gigante entre gigantes
El inmortal cantor de Dulcinea.

CARMEN EULATE.

ANALES CERVANTINOS

H E aquí por años las fechas seguras o generalmente aceptadas de la vida del celeberrimo Miguel Cervantes Saavedra.

1547. — Nacimiento de Cervantes en Alcalá de Henares.

..... — Estudios privados o libres de humanidades.

1568. — Es discípulo en Madrid del humanista Hoyos.

1569. — Va a Roma al servicio del cardenal Aquaviva.

1570. — Se alista en el Ejército español.

1571. — Se halla en el combate naval de Lepanto, á bordo de la galera *La Marquesa*, donde fué herido en el pecho y en la mano izquierda, de la que quedó inútil.

1572. — Sirve en el Ejército de Santa Cruz y a las órdenes de Colonna en la jornada de Levante y bajo la del generalísimo en la empresa del Navarino.

1575. — Obtiene licencia para venir a España, y es recomendado al rey Felipe II y sus ministros por D. Juan de Austria y el duque de Sesa. La galera en que regresaba es apresada por los argelinos, y Cervantes fué declarado cautivo. Sufrir en Africa grandes penalidades; demuestra valor y despejo extraordinarios para su evasión y la de sus infelices compañeros de esclavitud, corriendo riesgos de vida y sufriendo crueles castigos.

1579. — La pobre familia de Cervantes hace grandes sacrificios por su rescate.

1580. — Obtiene su libertad por mediación y pago de la Orden de la Merced, redentora de cautivos; en Madrid hace información de sus sufrimientos.

1581. — Restituido a España, se alista en el Ejército del marqués de Santa Cruz en las guerras de Portugal e Islas Terceras.

1583. — Regresa a España; se dedica a sus trabajos literarios.

1584. — Contrae matrimonio con D.^a Catalina de Palacios, de Esquivias, donde residió algún tiempo. Hace frecuentes viajes a la corte y escribe varias comedias.

1585. — Publica *«La Galatea»*; pretende varios destinos, y sigue dedicado a trabajos literarios. En este año nació D.^a Isabel de Saavedra, hija natural de Cervantes.

1588. — Es nombrado Factor de provisiones de la Armada, con residencia en Sevilla, presentando la correspondiente fianza.

1590. — Solicita Contadurías, Gobiernos y Corregimientos en América, que le fueron negados con promesa de otra merced en la Península.

1592. — Cesa en su cargo de Sevilla, rindiendo las correspondientes cuentas.

1594. — Regresa Cervantes a Madrid y es nombrado Comisionado en la cobranza de contribuciones en el reino de Granada.

1595. — Pasa Cervantes a Sevilla por la protesta de una letra suya de 7.400 reales, que había remitido al Tesoro general, y cuyo asunto se solventó a favor del gran escritor.

1597. — Es preso en Sevilla por un descubierto de 2.641 reales en las cuentas de su cargo; pero fué en seguida puesto en libertad a condición de pagar el alcance. Por esta época de su residencia en Sevilla, los pintores Francisco Pacheco y el poeta Jáuregui hicieron el retrato de Cervantes. Dicese que por esta época comenzó a escribir el *«Quijote»*.

1598 a 1603. — De estos seis años no hay memorias ciertas y si suposiciones varias de la estancia de Cervantes en la Mancha, disgustos, prisión, que allí tuvo en Argamasilla, Toboso, etc., continuando su gran libro si es que entonces no lo comenzó.

1603. — Pasa a la corte de Valladolid por enojosos reparos del Tribunal de Cuentas, donde dió satisfactorios descargos. Solicita en vano un destino de los duques de Lerma y Olivares, ministros de Felipe III, y alcanza del séptimo duque de Béjar la aceptación de la dedicatoria del *«Quijote»*.

1604. — Comienza la impresión del grandioso libro.

1605. — Aparece la primera edición de la primera parte de *«El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha, compuesto por Miguel de Cervantes Saavedra. Dirigida al duque de Béjar, marqués de Gibralfar, conde de Benalcázar y Bañares, vizconde de la Puebla de Alcozer, Señor de las villas de Capilla, Curiel y Burquillos. Año 1605.»* (Sello del impresor.) Con privilegio en Madrid, por Juan de la Cuesta, Véndefe en casa de Francisco de Robles, librero del Rey nro. feñor. En este año Cervantes fué preso en Valladolid, complicado equivocadamente en causa por muerte del Sr. Gaspar Especeta, y puesto en seguida en libertad.

1613. — Se imprimen sus principales *«Novelas Ejemplares»*, aunque las hay de otras fechas.

1611. — Sale a la luz el *«Viaje al Parnaso»*; y son de varias épocas sus *«Poesías»* (sonetos, redondillas, romances, elegías y odas).

1615. — Publica más *«Comedias»* y *«Entremeses»*. Aparece también en este año la *«Segunda Parte»* de *Don Quijote*, que confunde a la con el mismo título publicada por Avellaneda.

1616. — «Puesto ya el pie en el estribo con las ansias de la muerte», dedica los *«Trabajos de Persiles y Sigismunda»* al conde de Lemus, su protector. Muere el gran Cervantes en Madrid el 23 de Abril de 1616, siendo enterrado en el Convento de las Trinitarias; pero desgraciadamente se han perdido sus restos mortales. — X.

Cádiz.—Tip.-Lit. LA GADITANA, Duque de Ciudad Rodrigo, 19



La Comandancia General del Apostadero de San Fernando

CARNECERÍA

DE
José Haro García

Carne de vaca y ternera
de superior calidad.

GENERAL PASQUIN, 21
SAN FERNANDO

Vinos de Jerez

Y CHICLANA

D. Pedro González de la Torre
y Hernández

VENTAS AL POR MAYOR
Teléfono 63 SAN FERNANDO

Gran Balneario Y FONDA

DE
Ntra. Sra. del Rosario

PROPIETARIO:
D. DOMINGO FIGUEROA
ROTA (Cádiz)



Nuestro histórico Teatro de las Cortes

ESPAÑA LIBRE.—24 DE SEPTIEMBRE DE 1810

A las Cortes generales extraordinarias que instaladas en este edificio hasta el 20 de Febrero de 1811, comenzaron la reivindicación del territorio y proclamaron la soberanía de la Nación.
El Ayuntamiento de 1892.

D. Manuel Pece Casas

Médico-Cirujano
Especialista en las enfermedades de los niños

CERVANTES, NÚM. 7
SAN FERNANDO

NUEVA FARMACIA

DEL LICDO.

Juan Rodríguez
Gómez de Lara

PLAZA ALFONSO XII
ROTA (Cádiz)

Dr. Ferrer

ENFERMEDADES DE LA PIEL

POLICLÍNICA:

De 3 y media á 5 y media

Valverde, n.º 3, bajo
CADIZ

"LA CADITANA"

SOCIEDAD ANÓNIMA

Fábrica de Naipes, Imprenta y Litografía

En este acreditado establecimiento se hacen toda clase de trabajos relacionados con las Artes Gráficas
Especialidad en carteles de Toros y Teatros y billetes para espectáculos públicos.

DUQUE DE CIUDAD RODRIGO, 19 CADIZ

Taller de fotograbado de Felipe Abarzuza

BICOLORS. — TRICOMIAS

DELICIAS, 3 CADIZ



Escuela Naval y Panteón de Marinos Ilustres

Dr. D. Luis López Sacconne
MÉDICO-CIRUJANO
REAL, 84 SAN FERNANDO

